

Una Huella Imposible de Borrar

Loli es una joven espléndida; sus grandes ojos azules, recuerdan al mediterráneo en verano, y sus inquietos bucles áureos como el trigo, a menudo juegan sutilmente con la brisa. De figura delgada y esbelta y paso ligero y firme, como todos los días, fue andando por un pequeño trayecto que la llevaría hasta la estación del bus; aquel momento no fue como todos los anteriores; el entusiasmo y la alegría que la caracterizaban se vieron entumecidos por la desventura.

Su corazón latía fuertemente y sus ojos iban llenos de la escarchada humedad de la amargura.

Esa jornada quedaría tatuada para siempre en lo más profundo de su corazón. El atardecer fue diferente, y a su paso por el caminito de piedras, el colorido primaveral de las flores en la calzada, se tornó opaco y tenue ante sus ojos, evaporándose también su fragancia.

Al subirse al bus que la llevaría a Triana, se deshizo el nudo que llevaba en la garganta, sus grandes luceros se colmaron de sollozos y no pudo contener el llanto. El cielo se encapotó sobre ella cubriéndola bajo un fatigoso color plomizo. ¿A dónde se había ido la brillantez del sol y los rosáceos atardeceres del verano sevillano?

Para ella, el aire se tornó denso, al punto de apenas poder respirar; la angustia, desolación y tristeza, cayeron cual caudalosa cascada sobre sus frágiles y níveos hombros.

¡Aún no podía creerlo!, la abuela Rocío se había ido; se dispersó como su nombre, esfumándose su alma, para tomar las sendas de la eternidad.

Para Loli, ya no habría más visitas crepusculares con vistas al Guadalquivir, en

el patio rodeado por arcos erguidos sobre columnas de mármol de la vieja casa de la abuela. ¡Cuántas historias en sillas de enea, acompañadas de Cortadillos de Cidra y aroma a chocolate escucharon sus oídos, de la voz temblorosa de abu Rocío, narrándole tertulias de un pasado esplendoroso!, cuando apoyada en la barandilla del puente y vistiendo su mantón de Manila y en cada fleco una ilusión, conoció a su esposo, el abuelo Manuel.

Sus dedos no volverían a acariciar su cabellera blanca mientras a ritmo de un peine, le pedía que la acicalara con moño, peineta y mantilla de seda y puntas de castañuelas, que la llevaban a la feliz dimensión del pasado.

La abuela Rocío se había ido, imprevisiblemente, sin despedidas, llevándose consigo parte de la infancia y juventud de Loli, esa desdichada tarde, había perdido un gran amor que dejó en ella una huella imposible de borrar.

LA PIANISTA